

www.elboomeran.com



Seix Barral Los Tres Mundos *Memorias*

Chil Rajchman

Treblinka

Epílogo de Vasili Grossman





Seix Barral Los Tres Mundos

Chil Rajchman

Treblinka

Epílogo de Vasili Grossman

Traducción del yidish por Jorge Salvetti

Los tristes vagones me conducen hacia allí, hacia aquel lugar. De todas partes nos llevan: del este y del oeste, del norte y del sur. De día y de noche. En todas las estaciones del año, viajan los trenes: primavera y verano, otoño e invierno. Los transportes viajan hacia allí sin obstáculos ni restricciones y Treblinka se vuelve cada día más rica en sangre. Cuanta más gente llevan allí, más crece su capacidad para recibirla.

Partimos de la estación de Lubartów, que queda a unos veinte kilómetros de Lublin. Viajo con mi joven y bella hermana Rivke, de diecinueve años, y mi buen amigo Wolf Ber Rojzman, con su mujer y sus dos hijos.

Igual que los demás, ignoro hacia dónde nos conducen y por qué. No obstante, tratamos, dentro de lo posible, de averiguar algo sobre nuestro destino. Los ladrones ucranianos que nos vigilan no quieren concedernos la gracia de contestarnos. Lo único que oímos de ellos es:

—¡Entregad el dinero, entregad el oro y los objetos de valor!

Estos asesinos nos revisan constantemente. Casi en todo momento alguno de ellos nos aterroriza. Nos golpean salvajemente con las culatas y todos tratamos, dentro de lo posible, de esquivar el ensañamiento de los asesinos con algunos *zlotys* para evitar golpes.

Así es el viaje.

Casi todos los que se encuentran en el vagón son conocidos míos del mismo pueblo, Ostrów Lubelski. En el vagón somos unas ciento cuarenta personas. Estamos hacinados, el aire es excesivamente denso y nocivo, cada uno apretujado contra el otro. Aunque las mujeres y los hombres están juntos, debido al hacinamiento, todos tienen que evacuar sus necesidades donde están. De todos los rincones se oyen pesados quejidos, y cada uno le pregunta al otro: «¿Adónde vamos?» Sólo que todos se encogen recíprocamente de hombros y responden con un profundo «¡Ay!». Nadie sabe adónde nos conduce el camino y, a la vez, nadie quiere creer que nos dirigimos hacia donde llevan, desde varios meses atrás, a nuestras hermanas y nuestros hermanos, a nuestros seres queridos.

A mi lado está sentado mi amigo Katz, ingeniero de profesión. Él me asegura que nos dirigimos a Ucrania y que allí podremos establecernos en una aldea y ocuparnos de tareas agrícolas. Me da a entender que lo sabe con total certeza porque se lo

dijo un teniente alemán, un administrador de una granja estatal a siete kilómetros de nuestro pueblo, en Jedlanka. Se lo contó como si fuese un amigo, porque cada tanto él le arreglaba un motor eléctrico. Yo quiero creerle, aunque veo que, en verdad, no es así.

Avanzamos. Con mucha frecuencia, el tren se queda detenido, debido a las señales, porque corre fuera del plan ferroviario y, por eso, debe esperar para dejar pasar los trenes regulares. Pasamos por distintas estaciones, entre ellas Łuków y Siedlce. En cada ocasión en que el tren se detiene, pido a los ucranianos que descienden que nos den un poco de agua. Pero ellos no nos responden; sólo si se les da un reloj de oro, traen un poco de agua. Muchos de mis amigos entregan sus objetos preciosos y no reciben el agua prometida. Me ocurre una excepción. Le pido a un ucraniano un poco de agua, me exige cien *zlotys* por una botella. Acepto. Poco después me trae una botella de medio litro con agua. Le pregunto cuánto más vamos a viajar. La respuesta es: «Tres días, porque vamos a Ucrania.» Comienzo a pensar que tal vez sea verdad... Ya hace quince horas que viajamos, a pesar de que el trayecto recorrido es de no más de ciento veinte kilómetros.

El reloj marca ya las cuatro de la mañana y nos acercamos a la estación Treblinka, que está a unos siete kilómetros antes de Malkinia. Permanecemos allí detenidos. Los vagones están cerrados y no sabemos qué será de nosotros. Esperamos que el tren reanude la marcha. Mi hermana me dice que tiene hambre. Pero estamos muy escasos de alimentos. Como dejamos imprevistamente nuestro pueblo, ha sido imposible comprar víveres. Lo mismo ocurrió en el pueblo de Lubartów, de modo que tenemos poca comida. Le doy a entender a mi hermana que nos espera un largo camino y que, dentro de lo posible, debemos racionar la comida, porque no alcanzará para el viaje. Mi hermana está de acuerdo y se resigna a no comer. Desiste de comer y me asegura que no está especialmente hambrienta...

Al poco tiempo el tren reanuda la marcha. Ya hay luz afuera. Nos sentimos inquietos, porque vemos que el tren avanza en la dirección inversa. Marcha lento y nos adentramos en un bosque. Nos

miramos unos a otros. La respuesta es: ¿Qué sucede? Ante nuestros ojos, aparece pronto una imagen triste y aterradora. Un cuadro de muerte. Veo, a través de las pequeñas rendijas del vagón, altas pilas de ropa. Me imagino lo que ocurre y veo que estamos perdidos. Por desgracia, ya todo se acabó. Después abren, de golpe, las puertas del vagón con gritos diabólicos: «¡Afuera! ¡Afuera!» Ya no dudo de nuestra desgracia. Tomo a mi hermana bajo mis brazos y trato de salir del vagón lo más deprisa posible. Dejo todo en el vagón. Mi pobre hermana me lo hace notar y me pregunta por qué dejo los bultos. Le contesto que no hacen falta... Antes de que pueda decirle otras palabras, se oye un grito asesino: «¡Hombres, a la derecha! ¡Mujeres, a la izquierda!» Apenas alcanzo a despedirme de ella y ya somos arrancados uno del otro para siempre. Empiezan los golpes de todos lados. Los asesinos nos hostigan para que entremos en el patio en fila y con gritos ordenan que entreguemos el oro, el dinero y los objetos de valor que llevemos con nosotros. El dinero y los objetos de valor. Quien los conserve será fusilado. Casi todos entregan lo que tienen. Luego ordenan que nos desvistamos rápido y anudemos los zapatos por pares. Todos se desvisten lo más rápido posible, porque los látigos vuelan por encima de las cabezas. El que se desviste un poco más lento es golpeado salvajemente.

Ya estoy desvestido y miro alrededor. Ya no dudo

de nuestro destino. Desgraciadamente, estamos desahuciados. Noto que en los barracones que están enfrente de nosotros se desvisten las mujeres y los niños; de allí se oyen salir gritos lastimeros. Acercarse a ellos es imposible. Nos ordenan que nos dispongamos en filas. Todos forman. Los que aún están desvestiéndose son golpeados brutalmente.

Ya casi todos están formados. Se acercan y seleccionan a unos cien hombres de entre nosotros, sólo jóvenes, y nos apartan a un costado. Las personas restantes son llevadas lejos de nosotros, nadie sabe hacia dónde. Me encuentro entre los cien jóvenes seleccionados. A lo lejos diviso a mi amigo Rojzman con su hijo y, sin saber dónde es mejor quedarse, le hago, no obstante, una seña con la mano para que cruce corriendo hacia el grupo en el que estoy.

Permanecemos detenidos unos minutos, hasta que el resto de los hombres es apartado de nosotros, y después somos conducidos de vuelta hacia el equipaje que nosotros, los judíos prisioneros, habíamos traído. Cada uno de nosotros debe agarrar él solo un bulto más grande que él y, si alguien toma uno más pequeño, lo golpean a latigazos sin cesar. Nos llevan a empujones a un lugar más grande. A lo largo del camino hay apostados guardias que forman una cadena humana para que nadie escape de los látigos.

Miro el lugar y quedo sorprendido por la imagen aterradora: se ven distintas montañas de pa-

quetes. Nos empujan hacia una montaña grande donde hay distintos bultos con ropa de cama y sacos. Junto a la montaña, hay gente clasificando diferentes cosas. Veo que todos son judíos y al pasar corriendo intento preguntarles:

—Hermanos, díganme, ¿qué es esto?

Desgraciadamente no recibo ninguna respuesta. Todos tratan de darme la espalda, para no contestar. Vuelvo a rogarles:

—Díganme, ¿qué sucede aquí?

Uno de ellos me responde:

—¡Hermano, no preguntes nada, estamos perdidos!

Correr de un lado al otro con los paquetes es tan extenuante que ya no sé dónde estoy. Hacemos varias rondas, trasladamos todo el equipaje y nos llevan hasta la ropa que nos quitamos. Nos ordenan tomar los zapatos que cada uno dejó atados a pares. Tomamos el calzado y somos llevados de vuelta al lugar grande, a un segundo montón que tiene cuatro pisos de altura y donde sólo hay zapatos, decenas de miles de zapatos. Después de los zapatos, trasladamos la ropa que nosotros, los hombres, nos quitamos. Nos dirigen hacia otra montaña donde sólo hay ropa. Una vez que el lugar queda despejado, nos llevan a empujones hasta el barracón en el que se han desvestido las mujeres. Delante de mis ojos están los vestidos de las desafortunadas mujeres y, entre ellos, también el de mi joven y bella hermana. Miro alrededor; desgraciadamente ya no

queda ninguna mujer. Ya todas han sido arreadas fuera de allí. Me distraigo un segundo, agarro un paquete pequeño e intento seguir camino. Recibo tal golpe con un látigo de alambre que se me nubla la vista. El asesino me grita como un cerdo enfurecido:

—¡Perro, el paquete es demasiado pequeño!

Ya no sé dónde estoy, no obstante me lanzo al suelo, extendiendo lo más posible las manos y tomo rápidamente tanto como doy abasto. Me voy corriendo a toda prisa, porque el último que queda es golpeado brutalmente.

Corremos así varias veces ida y vuelta con los paquetes y los látigos caen sobre nuestras cabezas a lo largo de todo el camino.